

## LA DEPENDENCIA A DEBATE

---

*Roberto Carlos Hernández López\**

RESUMEN: Desde una perspectiva crítica, en este artículo se reflexiona sobre algunos de los aportes más significativos de la llamada “escuela de la dependencia”, así como de su vigencia y potencial teórico para explicar ciertos rasgos del capitalismo actual. El hilo conductor del análisis es el conocido y fundamental debate entre Fernando Henrique Cardoso/José Serra y Ruy Mauro Marini, discusión que permite registrar el desplazamiento teórico y político de las tesis dependentistas por las ideas de desarrollo subordinado y democratización.

PALABRAS CLAVE: Desarrollo, Dependencia, Democracia, Superexplotación, Subimperialismo.

ABSTRACT: In this paper, the author, taking a critical approach, explores some of the most significant contributions of the so-called dependency theory, as well as its theoretical validity and potential to explain certain features of present day capitalism. The thread of this analysis is the well-known debate between Fernando Henrique Cardoso, José Serra and Ruy Mauro Marini, which is not only one of the most valuable discussions, but also allows to explore the political and theoretical movement of dependentist thesis throughout the ideas of alternative development and democratization.

KEY WORDS: Development, Dependency, Democracy, Superexploitation, Subimperialism.

¿Qué tienen que decir, qué pueden aportar, los enfoques dependentistas a la reflexión actual sobre el desarrollo latinoamericano? ¿Por qué echar mano de tesis que hace más de dos décadas se les dieron por muertas? *¿Acto reflejo* —desde la nostalgia o la orfandad— ante el fracaso de las teorías, y su traducción política y económica, que hace varios lustros prometieron lo que aún no han cumplido: desarrollo para la región?

Son éstas y algunas otras las preguntas que dibujan el itinerario que plantea el presente artículo y que no se propone otro objetivo que

\* Relaciones Internacionales, UNAM-FES Acatlán (mefisto@correo.unam.mx).

el de reflexionar —de manera crítica y desde las condiciones que establece el capitalismo actual— sobre algunas tesis y autores identificados con lo que infelizmente quedó registrado en la historia como Teoría de la dependencia, un eufemismo que refería ese corpus teórico planteado y ampliamente debatido, durante los años sesenta y setenta, por una abigarrada comunidad intelectual —sociólogos, economistas, antropólogos, pedagogos, filósofos, historiadores— que compartía preocupaciones e intereses por el subdesarrollo económico, político, social de Latinoamérica, pero no lo observaba ni lo entendía de la misma forma.

Como bien se sabe, la también llamada “escuela de la dependencia” resulta difícilmente aprehensible —aún más para un artículo— por la diversidad de tesis y autores que en ella confluyen. De allí que el hilo conductor de esta reflexión sea uno de los debates dependencistas más significativos —a mi juicio—: el que involucró a dos de los teóricos más conspicuos de la dependencia, Fernando Henrique Cardoso/José Serra y Ruy Mauro Marini. Si bien no agota —ni por mucho— la discusión sobre el tema, es probable que esta polémica sea (por la fecha en que se presenta, la obra que recupera y los teóricos que concita) la que abrevia y, quizá, cierra una etapa muy fértil de labor teórica y reflexión crítica en Latinoamérica acerca del desarrollo y sus fundamentos. En el fondo, la discusión no sólo era de dos, en el debate confluían diversas tradiciones, modelos y propuestas teóricas que ofrecían múltiples lecturas sobre el subdesarrollo económico, político y social en América Latina.

Visto así —como una suerte de “epílogo” de una etapa muy importante en la discusión latinoamericana— a partir de este debate es posible registrar los cambios en la forma y los términos en que se planteaba, analizaba, discutía y problematizaba el tema del desarrollo. Esto es, la forma en que se pensó el desarrollo en América Latina hacia principios de los años ochenta evidenció un cambio mayor de paradigma: de las tesis dependencistas se pasó a las del “desarrollo subordinado y la democratización”, que colocó en otros términos —muy otros— la discu-

sión sobre los problemas derivados del subdesarrollo en América Latina. Según lo veo, el análisis de este “desplazamiento teórico” —evidente en el debate entre Cardoso/Serra y Marini— permite arribar a algunas respuestas a las cuestiones que animan esta reflexión.

#### DEPENDENCIA: DEFINICIONES MÍNIMAS

Historia de debates teóricos y fracasos económicos, de promesas políticas y decepciones sociales, en América Latina la discusión acerca del desarrollo encontró un campo teórico y político fértil que nos remite a la historia del medio siglo: cuando el fin de la Segunda Guerra Mundial señaló la extinción definitiva de los imperios del siglo XIX y, al mismo tiempo, el inicio de un proceso global de crecimiento y expansión económicos, conducido por las potencias vencedoras.

Al igual que en otras regiones del mundo, en América Latina la promesa de desarrollo se abrió paso con relativa facilidad. La coyuntura internacional hacía empatar, por un lado, las políticas de las potencias por reactivar la economía mundial y, por el otro, el propósito de los gobiernos latinoamericanos de consolidar las economías nacionales a partir del mercado interno. A través del nuevo tinglado institucional que daba cierto orden a la comunidad internacional, el discurso del desarrollo permeó los programas económicos y las políticas públicas de buena parte de Latinoamérica.

Al menos en América Latina, la “máquina del desarrollo” estaba lista para ponerse en marcha. Faltaba solamente la receta. Más que una Teoría del desarrollo —en sentido ecuménico— en poco tiempo se difundió una serie de reflexiones, estudios, modelos, estrategias que compartían un piso común: su preocupación por el crecimiento económico. De muy diversa tradición, estas reflexiones formaron un corpus teórico (que suele identificarse con la expresión Teoría del desarrollo) heterogéneo, variopinto y complejo que involucraba múltiples enfoques. No había una sola receta, un método único para trepar al vagón del desa-

rrollo empujado por la locomotora de la historia. Por tanto, no es difícil coincidir con Schiavo-Campo y Singer en que “no ha surgido una teoría del desarrollo económico, por lo menos en el mismo sentido en que podemos identificar una teoría de los precios, o una teoría pura del comercio, o aun una teoría del crecimiento. Porque el desarrollo no es sólo un crecimiento económico, sino el crecimiento acompañado por el cambio estructural, social y económico.”<sup>1</sup>

No había receta única pero en la década de los cincuenta la CEPAL se encargó de recomendar la industrialización sustitutiva de importaciones como estrategia para que las economías latinoamericanas abandonaran los baldíos del subdesarrollo. En abril de 1950 apareció un documento que influyó sobremedida en el curso de la historia de esos años: *El desarrollo económico de América Latina y algunos de sus principales problemas*, escrito por Raúl Prebisch, y que fue tomado —según sugiere Albert Hirschman— como “El manifiesto de la CEPAL”. Tras la reunión de Río de Janeiro sobre el Desarrollo en América Latina (1953), algunos gobiernos de la región —en particular Brasil, Argentina, Perú y Colombia— empezaron a traducir las tesis cepalinas en políticas públicas.

Pese a la originalidad de su propuesta, la “receta desarrollista” de la CEPAL mostró los primeros signos de sus limitaciones, que hacia la mitad de los años sesenta serían ya inocultables. La Tierra prometida se convirtió en laberinto para las naciones latinoamericanas. Aunado al estancamiento económico, América Latina fue sacudida por procesos revolucionarios y el ascenso de los militares al poder, lo que acentuó la presión y presencia de las potencias mundiales sobre la región.

En la década de los años sesenta, luego del fracaso del modelo cepalino y bajo un ambiente político que tendía a polarizarse (seguir el ejemplo cubano de la revolución como atajo al socialismo, o la ruta

<sup>1</sup> Salvatore Schiavo-Campo y Hans W. Singer, *Perspectives of economic development*, Boston, Houghton Mifflin, 1970, citado por Magnus Blomström y Björn Hettne, *La teoría del desarrollo en transición*, México, FCE, 1990, p. 33.

brasileña de la dictadura militar), las críticas al desarrollismo se multiplicaron desde distintos frentes: de la misma CEPAL —a través de Furtado y Sunkel— o de su “anexo sociológico” chileno, el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social —en los trabajos de Cardoso, Faletto, Dos Santos, Gunder Frank, Marini, quienes habían salido de Brasil luego del golpe militar— y de algunos otros centros de investigación en universidades chilenas.

Aunque con diferentes perspectivas y tradiciones teóricas, estas críticas al desarrollismo y la modernización coincidían, con matices, en tres preocupaciones: 1) la dependencia de las economías latinoamericanas como obstáculo al desarrollo nacional; 2) la estructura capitalista mundial favorecía la dependencia; y 3) el análisis marxista de la historia latinoamericana (que condujo a debates acerca de los modos de producción en América Latina).

Tomaba forma la inexistente Teoría de la dependencia. Como he sugerido, más que “teoría” o “paradigma” habría que asumir los estudios de la dependencia como un esfuerzo colectivo, pero no homogéneo, una corriente de interpretación acerca de los problemas derivados del subdesarrollo en América Latina, esto es, un movimiento donde convergían teóricos de diversa procedencia intelectual, con señaladas diferencias de enfoque y donde abundaban las discusiones y polémicas. Por lo demás y en tanto un movimiento con vida y dinámicas propias, habría que reconocer que la reflexión en torno a la dependencia observó diferentes momentos en su desarrollo teórico, a lo largo de casi dos décadas de existencia, relacionados con hechos históricos (la Revolución cubana, el contexto de Guerra Fría, los golpes militares en Brasil y Chile...).

Visto así, al interior de lo que algunos han dado en identificar como “teoría” de la dependencia, nos encontramos con una variopinta comunidad intelectual, ordenada de acuerdo con líneas de interpretación sobre el subdesarrollo latinoamericano. En la “clasificación”, o identificación de corrientes internas, entre los dependentistas, las opiniones son muy diversas y reducido el espacio para dar cuenta de cada

una de ellas.<sup>2</sup> En todo caso, lo que importa destacar es la multiplicidad de propuestas y enfoques que se aglutinaron en torno a la noción de dependencia. Metáfora, símbolo y lugar común, la “dependencia” se convirtió, así, en santo y seña de una nutrida corriente de científicos sociales, latinoamericanos en su mayoría —sin intención explícita de devenir en “grupo”— procedentes de distintas tradiciones teóricas y, en consecuencia, con notorias diferencias intelectuales, políticas e ideológicas que, sin embargo, concurrían en la observación, análisis y propuestas de solución acerca del mismo objeto de estudio: la situación de dependencia que definía a América Latina (y a otras regiones) en relación con los países más desarrollados del mundo (los llamados centros o metrópolis).

Salvo algunas excepciones, existe un consenso —entre dependentistas y algunos estudiosos del “dependentismo”, para emplear el término difundido por el *Diccionario UNESCO de ciencias sociales*— en señalar que la dependencia surge entre los años cincuenta y sesenta (a decir de Vânia Bambirra, Theotônio Dos Santos, Aníbal Quijano, Agustín Cueva, Ruy Mauro Marini, etc., así como de algunos estudiosos del tema como Blomström y Hettne, Marcos Roitman, Jaime Osorio...), ya sea como una reacción o crítica frente al modelo cepalino de desarrollo, o bien como resultado del análisis marxista acerca del subdesarrollo (vertiente en la que destaca sin duda la obra de Paul Baran).<sup>3</sup>

De cualquier manera que sea, ora como expresión del desarrollo teórico marxista ora como crítica al paradigma de la modernización en sus distintas versiones, lo cierto es que a mediados del siglo pasado el término dependencia empieza a cobrar mayor relevancia intelectual y política,

<sup>2</sup> Acerca de las clasificaciones de las corrientes dependentistas véase Roberto Carlos Hernández López, *Cardoso-Marini: un debate inconcluso. Desarrollo, dependencia y democracia en América Latina*, México, 2004, pp. 144-147 (tesis de maestría en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM).

<sup>3</sup> Véase Fernando Henrique Cardoso, “Notas sobre el estado actual de los estudios sobre dependencia”, en José Serra [ed.], *Desarrollo latinoamericano. Ensayos críticos*, México, FCE, 1983 (el *Trimestre Económico*, núm. 6) y Gabriel Palma, “Dependencia y desarrollo: una visión crítica”, en Dudley Seers [comp.], *La teoría de la dependencia, una reevaluación crítica*, México, FCE, 1989.

y una década más tarde se extiende y populariza. Irrumpe en la academia y en la política, marcha en sentido opuesto al desarrollo: va de la periferia hacia el centro, se multiplica y adquiere formas propias según cada corriente, incluso cada autor, al interior de esa comunidad teórica.

Pero, ¿qué es la dependencia? La pregunta es tan simple como compleja su respuesta, o mejor aún las respuestas que ofrecieron varios teóricos latinoamericanos. La pregunta parece más abstracta de lo que es: enunciada así, su respuesta exigiría quizá un esfuerzo que desborda por mucho los objetivos y las posibilidades de este ensayo. Se impone, sin embargo, la tarea de identificar algunos de sus trazos principales. Para empezar, se trata de un concepto cargado de historia y de significados que nos coloca en un espacio y tiempo históricos de América Latina y del debate de las ideas. Asimismo, la dependencia articula una serie de tesis que dan cuenta, desde las ciencias sociales y a través de distintas voces, de la relación económica y política de Latinoamérica con las naciones desarrolladas que ocupan una posición hegemónica dentro del sistema capitalista mundial, y sus consecuencias para los países que, como los latinoamericanos, se encuentran a la zaga del proceso de desarrollo capitalista. Por lo demás, la dependencia refiere una interpretación acerca del proceso histórico, que tomó varios siglos —según algunos autores— a través del cual América Latina fue incorporada al capitalismo internacional.

A juzgar por los conceptos y nutridos debates dependentistas —sus alcances y limitaciones—<sup>4</sup> podríamos caracterizar la dependencia a través de los siguientes ejes:

*Historia y dependencia.* Esta relación tiene por, lo menos, dos planos: a) la historia y el concepto y b) la historia del concepto. En el primero, la dependencia resulta —para la mayor parte de los teóricos identificados con este enfoque— una “consecuencia histórica” del proceso de acumulación capitalista, sobre la cual se habría levantado el

<sup>4</sup> Un recuento de algunas de las tesis y debates más significativos sobre la dependencia pueden verse en Hernández López, *op. cit.*, capítulo 2.

sistema económico capitalista mundial. En estos términos, la dependencia es un capítulo de varios siglos (desde la Colonia hasta la posguerra) en la historia de América Latina, que describe, por un lado, el proceso de incorporación/subordinación de nuestras economías y sociedades en la organización internacional del capital y, por el otro, da cuenta de las formas y métodos, que ha adoptado esta desventajosa articulación entre América Latina y las sedes nacionales del desarrollo económico. En el segundo plano (la historia del concepto), en la dependencia se encuentran —y desencuentran— varias formas de teorizar el desarrollo del capitalismo: a) la crítica marxista del capital, que incluiría los textos originales de Marx así como algunas de sus interpretaciones; b) la crítica en términos imperialistas del capitalismo, que va desde los “autores clásicos” de principios del siglo XX hasta algunos teóricos de la posguerra; y c) la crítica al desarrollismo cepalino y anglosajón, que prevaleció a partir de los años sesenta, y en la que aparecen algunas tesis reformuladas de las anteriores críticas.

*Estructura y dependencia.* Idea difundida entre varios autores, la dependencia no es sino una cierta “estructura” de dominación (por decir esa armazón económica, política y social que articula lo externo con lo interno) de los países hegemónicos hacia las economías latinoamericanas, la cual permite, a un tiempo, el desarrollo de las economías centrales y el subdesarrollo de los países menos industrializados (la muy conocida tesis del “desarrollo del subdesarrollo”, que se repite en varios autores). Para decirlo en unas cuantas palabras, todo habría empezado con la formación de esta estructura, trascendental en la medida en que a) determina la “forma” en que se incorporan las economías latinoamericanas al sistema capitalista internacional; b) define, al menos en parte, la estructura económica interna (limitando su desarrollo potencial), las instituciones públicas e incluso —si atendemos las sugerencias de Furtado— las pautas de consumo; c) permite establecer una alianza entre el capital nacional y el foráneo a partir de la comunidad de intereses; d) influye en el tipo de relaciones que se establecen al interior de las naciones subdesarrolladas (los enclaves industriales ha-

cen las veces de metrópolis periféricas respecto a las regiones o provincias nacional menos industrializadas), que aparecen como un reflejo del sistema capitalista internacional.

*Sistema y dependencia.* De distintos modos, pero en la mayoría de los autores dependentistas prevalece un cierto enfoque “holístico”, que les permite, por un lado, concebir la economía capitalista como un sistema de alcance mundial, una “totalidad” en la que países desarrollados y subdesarrollados establecen relaciones económicas y políticas asimétricas, y, por el otro, discernir el desarrollo económico como un solo proceso con dos caras.

A mi juicio, estos ejes permiten si no definir exhaustivamente, al menos “cercar” lo que en ciertos autores aparece como un concepto que pretende explicarlo casi todo. No soslayo que, por ejemplo, el análisis de las clases sociales —desde distintas perspectivas— fue relevante y dio origen a muy diversas críticas desde diferentes frentes externos, pero sobre todo materia prima de un amplio debate al interior del dependentismo, en el que precisamente se inscribe la polémica entre Fernando Henrique Cardoso y Ruy Mauro Marini, y que habré de referir a continuación.

#### UN DEBATE INACABADO

A finales de 1978 la *Revista Mexicana de Sociología* (UNAM) editó un voluminoso número extraordinario, de casi 400 páginas, que iniciaba con una amplia discusión “sobre la dependencia” de América Latina. Adrián Sotelo apunta que “es sin duda la discusión desarrollada por Marini con Fernando Henrique y José Serra [...] el encuentro más importante que se ha registrado en torno al debate sobre la teoría de la dependencia.”<sup>5</sup> Se trataba de una polémica como tantas otras que tuvieron lugar “al interior” de la dependencia, pero diferente en más de un

<sup>5</sup> Adrián Sotelo Valencia, “Dependencia y superexplotación”, en Ruy Mauro Marini y Mágara Millán [coords.], *La teoría social latinoamericana. II. Subdesarrollo y dependencia*, México, El Caballito, 1994, p. 292.

sentido, entre otras razones porque se presenta en un contexto de creciente crítica —desde distintos flancos— hacia el enfoque de la dependencia. Por ejemplo, durante el XI Congreso Latinoamericano de Sociología, celebrado en Costa Rica a mediados de 1974, ya se planteaba “el adiós a la teoría de la dependencia” y, al mismo tiempo, las “alternativas sociológicas” sobre el subdesarrollo en América Latina.<sup>6</sup> Aunado a este ambiente intelectual, el enfoque de la dependencia empezaba a acusar los efectos de otros factores que, en menor o mayor medida, impactaban su propio desarrollo (el contexto político latinoamericano, las crisis energéticas y monetarias globales que anticipaban el fin del Estado de bienestar, la cuesta abajo de la teoría marxista, etcétera).

CARDOSO-SERRA: *DESVENTURAS DE LA DIALÉCTICA*

Escrito al alimón entre Fernando Henrique Cardoso y José Serra —fundadores del Centro Brasileño de Análisis y Planificación (CEBRAP)— “Las desventuras de la dialéctica de la dependencia” reúne y sistematiza las críticas que Cardoso, en mayor medida que Serra, venía realizando desde la aparición de un libro de Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*<sup>7</sup> —al que no le faltaron lectores y críticos— de allí el notorio predominio de sus tesis, incluso de su estilo en ese largo artículo.

Preocupados por las consecuencias políticas de un diagnóstico equivoco —como el que denuncian en *Dialéctica...*— Cardoso y Serra critican las principales tesis de Marini: la superexplotación del trabajo y el subimperialismo en América Latina. Su ensayo inicia con una síntesis de los diversos análisis sobre el desarrollo nacional, un proyecto malogrado que se sostenía en la idea de que las fuerzas productivas en

<sup>6</sup> Véase Daniel Camacho [comp.], *Debates sobre la teoría de la dependencia y la sociología latinoamericana*, Costa Rica, EDUCA, 1979, en particular las ponencias de José Luis de Imaz, “¿Adiós a la teoría de la dependencia?” y Agustín Cueva, “Problemas y perspectivas de la dependencia”.

<sup>7</sup> Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*, México, Era, 1974.

la periferia, a través de una alianza entre la burguesía nacional hegemónica y las masas de trabajadores, conseguirían la industrialización de las economías periféricas, lo que mermaría los lazos de dependencia con los centros desarrollados.

A partir de una caracterización que será materia —como casi todo el artículo— de debate con Marini, los autores identifican dos corrientes que sustentaban esta tesis del desarrollo nacional: la “izquierda ortodoxa”, “para quien la revolución nacional-democrático-burguesa representaba una etapa a ser cumplida y un camino fundamental a ser recorrido antes de que pudiese pensarse en el socialismo”; otra versión, más académica, de esta tesis se atribuye a “sectores de la intelectualidad considerados ‘reformistas’, [y que] dio en llamarse ‘desarrollismo’.”<sup>8</sup>

Desde diversos frentes, el fracaso de este proyecto nacional fue denunciado “hasta la saciedad”. Los saldos de estas críticas resultaron contrastantes: por un lado, permitieron avanzar en el tema de la dependencia, pero, por el otro —acaso más costoso— se asoció la inviabilidad del proyecto nacional-desarrollista con el “estancamiento económico”: “la izquierda latinoamericana dedujo que, una vez ‘quemada’ por su inexistencia, la etapa nacional democrático-burguesa, la alternativa inmediata que se planteaba para las clases explotadas era la de que ellas mismas tomaran en sus manos la tarea de promover el desarrollo, removiendo los obstáculos de la estructura agraria tradicional y de la dominación externa y abriendo el camino al socialismo, dentro de un proceso de revolución permanente.”<sup>9</sup> Tales planteamientos —a guisa de ejemplo los autores citan algunas líneas de Theotônio Dos Santos y de Ruy Mauro Marini— son los que habrían “justificado” teóricamente la lucha armada en el continente.

Visto así, para Cardoso y Serra la dialéctica de la dependencia —en tanto corriente teórica— compartiría, con base en la tesis del estanca-

<sup>8</sup> José Serra y Fernando H. Cardoso, “Las desventuras de la dialéctica de la dependencia”, *Revista Mexicana de Sociología*, número extraordinario, año XL, vol. XL, México, UNAM, 1978, p. 13.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 14.

miento económico, la convicción acerca de la inviabilidad del desarrollo latinoamericano bajo condiciones de dependencia y la necesidad de llegar al socialismo por la vía de la lucha armada. Una conclusión que será impugnada por Marini. De este diagnóstico los autores parten hacia la crítica de las tesis de la dialéctica de la dependencia, empezando por un tema clásico del estructuralismo: el intercambio. Cardoso y Serra censuran a Marini haber confundido el intercambio desigual con la tendencia al deterioro de los términos de intercambio. En mi opinión, son al menos seis las críticas que Cardoso y Serra formulan a la argumentación de Marini acerca del “intercambio desigual” y sus consecuencias en la relación centro-periferia:

1. *Las exportaciones latinoamericanas no operan, a un tiempo, en beneficio de la tasa de ganancia del capital en el centro y en detrimento de la periferia:*

cuando Marini dice que las exportaciones latinoamericanas de alimentos, al abaratar el capital variable y elevar, por lo tanto la composición orgánica del capital, generan una tendencia hacia que la tasa decline, está afirmando justamente lo opuesto a lo que de hecho tendería a ocurrir, de acuerdo con la lógica más elemental del análisis económico basado en conceptos marxistas. La reducción en valor del capital variable, aun causando un aumento en la composición orgánica del capital, no hace sino elevar la tasa de ganancia, al provocar un fuerte aumento de la tasa de plusvalía.<sup>10</sup>

En el fondo, lo que Cardoso y Serra refutan es una de las principales tesis identificadas con ciertos autores dependentistas: aquella que Marini recupera de Gunder Frank: “el desarrollo del subdesarrollo”.

2. *El aumento de la productividad en la producción de bienes manufacturados en el centro no supone merma para la tasa de ganancia en la periferia.* Lo que Marini ignora u omite —a juicio de los autores— es que

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 23.

la diferencia [de valores de los distintos productos del centro y la periferia], obtenida por los aumentos de productividad, se distribuye, de acuerdo con el avance de la lucha de clases, entre los trabajadores y los capitalistas de los países industrializados. Así, el centro se enriquece *relativamente*. Este proceso no afecta la tasa de ganancia en la periferia y no induce, consecuentemente, a cualquier *inevitabilidad económica* de la tendencia a la superexplotación.<sup>11</sup>

3. *El deterioro del índice de los términos de intercambio no supone pérdida en la tasa de ganancia en la periferia.* Es una de las principales críticas a Marini: haber malinterpretado a Prebisch acerca de los términos de intercambio.

Cuando el índice de los términos de intercambio —ejemplifican los autores— del país periférico B, se deteriora por causa del intercambio desigual, esto no significa, *ceteris paribus*, que la tasa de ganancia en B se reduce, o que B está transfiriendo ingresos hacia fuera. En rigor, la disminución de la tasa de ganancia o la transferencia de ingresos se dan a través del deterioro del índice de los términos del intercambio cuando y solamente cuando ésta *no es causada directamente por el intercambio desigual por sí mismo* sino por razones relativas, por ejemplo, a la oferta y a la demanda.<sup>12</sup>

Para mayor claridad, añaden que “el intercambio desigual implica deterioro del índice de los términos del intercambio para un país determinado cuando y solamente cuando, *ceteris paribus*, el aumento de la productividad en la producción de sus artículos de exportación es transferido a los precios. Cuando el intercambio desigual se da por el aumento de la productividad en las actividades exportadoras en los países que con él comercian (sin transferencia a los precios), no hay, *ceteris paribus*, deterioro del índice de los términos de intercambio.”<sup>13</sup> Todo se habría derivado de una confusión de Marini, quien “antes que nada confunde ingenuamente intercambio desigual con deterioro del índice

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 24.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 25.

<sup>13</sup> *Loc. cit.*

de los términos de intercambio. [...] Intercambio desigual se refiere a las relaciones entre *productividad* y *precios*, así como a la evolución de esas relaciones. [...] El concepto de deterioro del índice de los términos de intercambio se refiere solamente a las variaciones de las relaciones de precios, sin considerar directamente la productividad.”<sup>14</sup> Y es que para Marini —explican Cardoso y Serra— poco importa la oferta y la demanda en el intercambio desigual: “si bien la concurrencia —se lee en *Dialéctica de la dependencia*— desempeña un papel decisivo en la fijación de los precios, ella no explica por qué, del lado de la oferta, se verifica una expansión acelerada independientemente de que las relaciones de intercambio se estén deteriorando.”<sup>15</sup> En respuesta, Cardoso y Serra sostienen que “La oferta *puede* expandirse aunque el índice de los términos del intercambio se esté deteriorando y esté habiendo intercambio desigual, siempre que haya una elevación de la productividad que compense a nivel de los costos, la disminución de precios.”<sup>16</sup>

*4. Como el incremento de la productividad en el centro no significa pérdida en la tasa de ganancia en la periferia, la superexplotación del trabajo, como mecanismo compensador de esas pérdidas, es insostenible.*

Todo el análisis de la “superexplotación necesaria” está basada en un presupuesto gratuito: el de que hubo aumento en la producción exportadora en la periferia en condiciones necesarias de productividad decreciente (o estancada), hipótesis básica para la explicación de Marini sobre la tendencia a la intensificación o extensión de la jornada de trabajo, a salarios constantes. Esta suposición hace caer inadvertidamente al razonamiento de Marini en una trampa: le da un sabor ricardiano, pero engloba argumentos que el propio Ricardo rechazaría. En efecto, para Ricardo, la teoría sobre los rendimientos decrecientes de la tierra no conduce a una inevitable *baja* de salarios, puesto que éstos, para él, estarían regulados por las necesidades de subsistencia, lo que es una suposición razonable para ser adoptada

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 27.

<sup>15</sup> Marini, *Dialéctica...*, pp. 30-31.

<sup>16</sup> Serra y Cardoso, *op. cit.*

cuando se está lidiando, como en nuestro caso, con modelos estilizados de economías primario-exportadoras con “oferta elástica de mano de obra”.<sup>17</sup>

5. *Incluso si la premisa anterior fuera cierta, habría otros mecanismos para compensar “tales” pérdidas.* A Cardoso y Serra les cuesta trabajo

creer que para compensar la supuesta “transferencia de valor”, en vez de recurrir *exclusivamente* a la intensificación del trabajo, los capitalistas no hubiesen producido más mercancías utilizando el expediente que Celso Furtado mostró que era básico: simplemente, dada la abundancia de la oferta de tierras y de mano de obra ¿por qué no incorporar más tierras y más trabajadores (a salarios iguales, alrededor del nivel de subsistencia) para aumentar la producción?<sup>18</sup>

6. *Omisión de un elemento central en las relaciones de dependencia: la lucha de clases.* “El reduccionismo economicista que hace reposar la imposibilidad de expansión capitalista de la periferia en límites estructurales del tipo de los señalados por Marini, además de ser, como vimos, falsos teóricamente, matan el nervio del análisis político, llevándolo a basarse en un catastrofismo que no se cumple.”<sup>19</sup> Como en otras obras, Cardoso sostiene el argumento de que la lucha de clases y las contradicciones políticas, sociales y económicas derivadas de esa dinámica permiten explicar, en gran parte, la relación de dependencia entre el centro y la periferia. Así que para él, al no incluir esta variable, Marini aparece como un economicista que “reduce” o de plano “omite” el análisis político de la dependencia.

No acaban aquí las críticas de Cardoso y Serra. De lo “teórico” pasan a lo empírico: los datos que “sostienen” —las comillas son de los autores— las tesis de Marini son fragmentarios e incluso equívocos. Al abrir este flanco, Cardoso y Serra se proponen “liquidar” lo que —a su

<sup>17</sup> *Ibid.*, pp. 25-26.

<sup>18</sup> *Ibid.*, pp. 26-27.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 27.

juicio— han dejado de la dialéctica de la dependencia. Así que empiezan por una pregunta elemental: “¿es cierto que América Latina exportó productos básicos?” Consecuentes con su argumentación opuesta al “intercambio desigual”, para ambos, no es en las exportaciones de materias primas latinoamericanas donde se encuentra el *quid* de la dependencia, en virtud de que

América Latina podría tener una participación importante sólo en la exportación de carne (que difícilmente sería bien de consumo importante de los trabajadores ingleses) y de trigo. Peor aún para el argumento de Marini: la carne y el trigo eran exportados del Uruguay y de la Argentina, países que, junto con Australia y Nueva Zelanda, constituían las piezas fundamentales de la división internacional del trabajo entre Inglaterra y su periferia. Que nos conste, no fueron estos países los que se caracterizaron dentro de la periferia por tener burguesías agrarias más débiles y peores niveles de vida para los trabajadores. Por cierto, a pesar de eso, podría haber habido “transferencia de valor”. Pero, al creer en la teoría de la superexplotación habría que explicar porqué los demás países de la periferia que no exportaban productos básicos y no cargaban con el peso de la “transferencia de valor” hacia el centro (porque no comerciaban esos productos), continuaron siendo, por mucho tiempo, los más pobres y sus obreros y trabajadores del campo mantuvieron sus salarios más bajos que los de los argentinos y uruguayos.<sup>20</sup>

De ser así —como afirman estos críticos severos— no sólo la dialéctica de la dependencia resulta insostenible, sino que la tesis del subimperialismo en América Latina también se viene abajo. A esta tarea dedican una parte significativa de su artículo.

En plena ofensiva, Cardoso y Serra ponen la mira en otra de las tesis fundamentales de Marini: el subimperialismo, que no sería más que otra expresión “reduccionista”, una “teoría” construida de “deducción en deducción”. Luego de una debatible —al menos a decir de Ruy Mauro Marini— interpretación sobre el subimperialismo, los autores descargan sus críticas. De nueva cuenta, para Cardoso y Serra, Marini

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 28.

habría sido víctima de sus propios errores: como la industrialización de Brasil puso en entredicho la tesis acerca de la inviabilidad del crecimiento económico en la periferia, la reacción de Marini habría sido explicar este proceso a través de la exportación de manufacturas y financiado con capital extranjero, lo cual sería parte de una nueva “etapa” del capitalismo periférico en el que se vuelve necesaria la participación creciente de las fuerzas armadas para sostener a las dictaduras militares, garantes del “nuevo tipo de desarrollo” denominado “capitalismo de Estado” o “subimperialismo”.

A partir de este diagnóstico, los autores enuncian la forma “más rápida” de evidenciar la “fragilidad” de la “teoría del subimperialismo”, y que

consiste en comenzar recordando una relación macroeconómica simple, según la cual el Gasto Interno Bruto (GIB) de una economía depende en razón directa del Consumo Privado (C), de la Inversión (privada y de las empresas públicas) (I), del Gasto del Gobierno (consumo e inversión) (G) y del exceso de Exportaciones (X) de bienes y servicios sobre las Importaciones de bienes y servicios (M), (servicios que excluyen pagos por “servicios de factores”, como impuestos y ganancias). En términos *ex post*, GIB es siempre igual al Producto Interno Bruto (PIB), pero en términos *ex-ante*, puede variar de acuerdo con la variación de los componentes mencionados, afectando en consecuencia, el nivel del PIB. Según está implícito en el análisis del subimperialismo, a partir de mediados de los años sesenta se habría cristalizado en el Brasil la tendencia crónica a que el crecimiento del GIB se desacelerase como consecuencia de la desaceleración de C (lo que también repercutiría en I), comprometiendo así el crecimiento de las ganancias y del PIB. El régimen militar habría surgido precisamente como respuesta a la crisis provocada por ese problema debiendo entonces buscar la solución para el mismo vía gastos militares a través de las exportaciones.<sup>21</sup>

Con algunos guarismos, la dupla Cardoso/Serra intenta desvirtuar la premisa de Marini acerca del presupuesto militar: sostienen que durante el régimen castrense en Brasil el gasto militar no aumentó o fue apenas significativo. Según su información, si en 1959 el gasto total

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 36.

del sector público, como porcentaje del PIB, llegó a 21.1%, para 1970 se había incrementado poco más de un punto porcentual (22.4%) y tres años después, había crecido apenas una décima (22.5%). Peor aún para Marini, los autores explican que estos incrementos no provienen del gasto militar sino del aumento de transferencias a la previsión social, derivado del financiamiento para la construcción de viviendas, indemnizaciones, jubilaciones y pensiones.<sup>22</sup> Ello explica, para estos críticos, que contrario a lo que sostiene la tesis del subimperialismo —incremento de la demanda efectiva a través del gasto público— el sector público actuó como factor de “absorción de la demanda efectiva.”

La misma suerte corre la afirmación de Marini acerca de la función de las exportaciones manufactureras en el proceso de industrialización de la economía brasileña:

el indicador más correcto para evaluar la hipótesis subimperialista no consiste, como parecen suponer sus formulistas, en un simple examen de la evolución del impacto de las ventas externas en el GIB. Lo que interesa considerar es, sobre todo, la diferencia entre exportaciones e importaciones (SBC), o sea, la magnitud del *export-surplus*. Solamente cuando éste fuera positivo estará contribuyendo positivamente al nivel del GIB y solamente cuando crezca estará incidiendo positivamente en el crecimiento del GIB.<sup>23</sup>

Con base en los datos que presentan Cardoso y Serra, durante una década (de 1965-1975) la diferencia entre exportaciones e importaciones (la llamada SBC) en términos del gasto interno bruto (GIB) mostró una tendencia hacia la baja, que a partir de 1967 fue negativa. Por lo que contrario a lo que plantea Marini —acerca de las manufacturas como factor de incremento de la demanda efectiva— el SBC resultó lo opuesto: un factor “absorbedor” [sic] de la demanda.

Si no fueron —como sostenía Marini— las exportaciones de manufacturas ni el incremento del gasto militar, entonces ¿en qué se sos-

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 36.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 38.

tendría la industrialización brasileña, qué explicaría el crecimiento de esa demanda efectiva?: el consumo de las clases medias en pleno ascenso. “La componente fundamental —coligen Cardoso y Serra— del crecimiento de la demanda (en términos *ex-post*) fue, en vez del *export surplus* o los gastos militares, el *consumo privado*, cuyo crecimiento, entre 1965-1975 explicó casi dos tercios del aumento del GIB. Y esto se debió a factores del tipo elevación del ingreso de los grupos medios altos, financiamiento al consumo, crecimiento del empleo, etcétera.”<sup>24</sup> Como en otros momentos, esta aseveración de Cardoso revela una constante: su completa oposición frente a Marini, quien, en el caso particular, considera a las clases medias y su capacidad de consumo como una respuesta artificial del sistema capitalista para resolver algunas de las propias contradicciones que genera en la periferia, señaladamente el de los límites estructurales del consumo interno.

Una crítica más. A la ya larga retahíla de objeciones hacia las tesis de Marini se agrega esta última, otra “vuelta de tuerca”, sobre la superexplotación del trabajo. Esta vez Cardoso y Serra dan algo de crédito a las premisas de Marini, dos en particular: a) aquella que sostiene que los bienes de consumo duradero (BCD) se convirtieron en el “eje dinámico” del crecimiento en las economías periféricas (señaladamente en Brasil) y b) la tesis acerca de la “disparidad atípica” entre las formas de consumo moderno que adoptan las sociedades periféricas y su ingreso medio.

El reconocimiento no es gratuito: Marini se habría inspirado en las tesis cepalinas para (re)formular estas premisas, pero en el camino de su argumentación las habría desvirtuado: “Las dos premisas estructural-cepalinas nos parecen correctas, pero el razonamiento que desarrolla y las conclusiones a que llega Marini a partir de ellas, constituyen el ejemplo típico de la inhabilidad para retener el carácter contradictorio de todo proceso económico-social y se basan en la correlativa propensión a llevar siempre al límite las tendencias que se manifiestan en determinadas fases del referido proceso, aprisionándolas, estáticamente, bajo

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 41.

la forma de supuestas leyes.”<sup>25</sup> Al igual que ese famoso rey de Frigia, Midas, “favorecido” por Dionisos, para los autores parece que todo lo que Marini toca, lo descompone. Así que salvo esas dos premisas, el resto de la argumentación es impugnable. Cardoso y Serra enumeran los “equívocos” de Marini:

1. Contrario a lo que supone Marini —apuntan sus implacables críticos—, más que la tasa de plusvalía al empresario le interesa la tasa de ganancia. “Y aunque no pudiera elevar su tasa de plusvalía, debido a que sus trabajadores no consumen sus productos [premisa que atribuyen a Marini], la industria podría elevar su tasa de ganancia, mediante el abaratamiento en valor del capital constante, o sea, la elevación de la productividad de la fuerza de trabajo empleada en su producción.”<sup>26</sup> Por otro lado, para los autores, Marini parece soslayar o ignorar el “papel” del progreso técnico en la elevación de la producción y, en consecuencia, en la tasa de ganancia. De lo que se sigue, según Cardoso y Serra, que “aun si la hipótesis de que los trabajadores no consumen productos industriales fuese correcta, esta circunstancia no bloquearía *necesariamente* el desarrollo capitalista ni llevaría *necesariamente* a que la única ‘solución’ para el sistema consista en el aumento de la jornada de trabajo o en la reducción absoluta de salarios.”<sup>27</sup> De ser así, la superexplotación del trabajo no sería ni la única ni la más cercana posibilidad para la burguesía periférica. Ofrecen algunas cifras: entre 1959 y 1970 en Brasil aumentó en 75% la productividad de la fuerza de trabajo industrial; al mismo tiempo, el número de horas trabajadas a la semana aumentó 4.4%, lo cual —coligen— “podría” apenas explicar “una pequeña parte del aumento de la tasa de explotación.” En otras palabras, estos datos “desmienten la idea que atribuye un papel crucial del aumento de la jornada de trabajo para explicar el crecimiento que hubo.”<sup>28</sup>

<sup>25</sup> Serra y Cardoso, *op. cit.*, pp. 42-43.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 45.

<sup>27</sup> *Loc. cit.*

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 46.

2. ¿Qué consume la clase obrera? Productos manufacturados, así que, a decir de Cardoso y Serra, Marini se ha equivocado al “suponer que los productos industriales son irrelevantes en la canasta de consumo de la masa de trabajadores.”<sup>29</sup>

3. Marini yerra cuando sostiene que en el sector de los bienes de consumo duradero (BCD) el aumento de la productividad a través de la técnica no se traduce en ganancias. Desacierta porque “aun admitiendo que los trabajadores prácticamente no consumen sus productos [los BDC], ese sector puede elevar la tasa de ganancia mediante la ‘devaluación’ de su capital, y aumentar la productividad mediante la mejora de la calidad o del uso más eficiente de su capital.”<sup>30</sup>

4. Por último, rematan su crítica señalando la inconsistencia “lógica” de Marini al plantear que al comprimirse la capacidad de consumo de los trabajadores en la periferia, “se cierra cualquier posibilidad de estímulo a la inversión” en el sector de productos básicos. Para Cardoso y Serra no necesariamente tendría que suceder así, sobre todo porque las cifras “demuestran” que si bien el sector de productos básicos estuvo por debajo del promedio del sector industrial, no obstante su crecimiento e inversión durante la década de los sesenta fue considerable, lo cual les permite colegir que no hubo “congelamiento tecnológico” ni “estancamiento de la productividad de la fuerza de trabajo”, por tanto, no habría tenido lugar la superexplotación del trabajo.<sup>31</sup>

Nada o casi nada han dejado fuera de su crítica Cardoso y Serra. Si acaso, les falta responder una pregunta que resulta casi obligada, luego de tantos “equivocos y yerros” de Marini, y que ellos mismos formulan: “¿por qué tanto empeño en la crítica?” A no querer, Cardoso y Serra dan —por fin— cierto crédito al trabajo teórico de Marini, aunque de inmediato corrigen: “tal vez nadie haya sido, en la línea de pensamiento de Marini, más ambicioso intelectualmente que él. Siendo así, mostró,

<sup>29</sup> *Loc. cit.*

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 46.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 48.

mejor que nadie, que su análisis, de apariencia dialéctica, en realidad practica un impío reduccionismo económico que, al proyectar un cono de sombra sobre las alternativas históricas y las opciones políticas en cada coyuntura, instaura la primacía del *economicismo* y del *voluntarismo*.<sup>32</sup> Si apuntaron su crítica hacia Marini no fue sino porque él representa una de las expresiones mejor logradas de un análisis equívoco sobre América Latina, cuyas implicaciones políticas (acerca de la revolución en el Continente) parecen preocupar, sobremanera, a Cardoso y Serra.

#### MARINI: *LAS RAZONES DEL NEODESARROLLISMO*

Los adjetivos aumentan. El debate sube de tono. Las posiciones se polarizan. La respuesta de Ruy Mauro Marini no esconde la irritación que le produjo una crítica que considera deshonesto, injusto, equívoco y que, además, emboza un ataque político de parte de los “ideólogos del neodesarrollismo”: Cardoso y Serra.<sup>33</sup> Al referirse a “Las desventuras de la dialéctica”, Marini suelta, con todas sus letras, que “es, sin duda, la cosa más estúpida que se había escrito en contra mía, lo que me obligó —haciendo a un lado cierta indiferencia que siempre sentí por mis escritos— a hacer una réplica en forma.”<sup>34</sup>

Con todo y los adjetivos, “Las razones del neodesarrollismo (respuesta a F. H. Cardos y J. Serra)”, no deja de ser un documento interesante y fértil en el que Marini profundiza sus tesis, advierte acerca de errores de interpretación y, al mismo tiempo, plantea una crítica sobre algunas ideas

<sup>32</sup> Véase “Un casi epílogo”, en *ibid.*, p. 51.

<sup>33</sup> En su *Memoria*, Marini refiere que el texto de Cardoso y Serra tenía dos motivaciones: “la primera era el antiguo desentendimiento con la posición de Cardoso, que él expusiera en diversos trabajos, y que yo respondiera parcialmente en el posfacio de *Dialéctica de la dependencia* y en el prefacio de 1974 a *Subdesarrollo y revolución*. La segunda era la clara preocupación de los autores con la amnistía política que se aproximara y que podría abrirme espacio en Brasil.” Ruy Mauro Marini, *Memoria*, mimeo, trad. de Claudio Colobani, Brasil, 1990, pp. 6 y 52.

<sup>34</sup> *Loc. cit.*

de Cardoso. Pero, sobre todo, esta respuesta de Marini nos permite observar las diferencias teóricas y políticas ente ambos pensamientos. Marini comienza con adjetivos su respuesta:

En su conjunto —advierte sobre la crítica Cardoso y Serra—, constituye un texto desaliñado y truculento, que deforma casi siempre mis planteamientos para poder criticarlos, manipula los que utiliza (o no utiliza) y que brilla por la falta de rigor, la torpeza e incluso el descuido en el manejo de hechos y conceptos. El lector lo entenderá mejor si toma en cuenta que va dirigido fundamentalmente a la joven generación brasileña, que conoce poco o casi nada de lo que he escrito. Esto es lo que lleva a los autores no sólo a “exponer” mi pensamiento, sino también a permitirse adaptarlo libremente a los fines que se han propuesto.<sup>35</sup>

Como dije, tras los epítetos —esparcidos a lo largo del texto— aparecen los argumentos, explicaciones y, también, algunas acusaciones hacia sus críticos. Una a una, Marini se propone responder a todas las objeciones que Cardoso y Serra le plantean y para ello se ciñe al orden establecido en el texto de sus críticos, aunque ello implica que por momentos parezca repetitivo en sus argumentos.

Como sea, Marini empieza con el pie derecho: refutando la afirmación de sus críticos acerca de su adscripción a las tesis del “estacionismo” económico, que afirmaba la “inevitabilidad” del estancamiento en la región. Para demostrarlo, Marini ofrece dos pruebas: 1) la confusión de sus críticos respecto a crisis y estancamiento: “para un marxista, la crisis corresponde a saltos del capitalismo hacia su destrucción, pero no se confunde con el estancamiento; todo lo contrario, resultan de la acumulación capitalista misma, es decir, del *desarrollo capitalista*”;<sup>36</sup> y, más grave aún, 2) la manipulación malintencionada de sus textos a manos de Cardoso y Serra, que será una constante en la defensa que Marini adopta (para ello reproduce el fragmento citado por sus críticos y le opone un fragmento mayor en el que cambia el sentido de las ideas expuestas.)

<sup>35</sup> Ruy Mauro Marini, “Las razones del neodesarrollismo (respuesta a F. H. Cardoso y J. Serra)”, *Revista Mexicana de Sociología...*, p. 58.

<sup>36</sup> *Loc. cit.*

Marini gana su primera batalla, relativamente fácil. Por donde se le vea, resulta desafortunado colocarlo dentro de los teóricos “estacionistas” —por decir aquellos que sostenían el estancamiento de la economía brasileña—. Conviene reproducir las palabras de un viejo conocido, Theotônio Dos Santos, al respecto:

Ruy Mauro Marini tampoco puede incluirse en esta visión estancacionista, pues sus tesis de 1967 sobre el subimperialismo brasileño partían de la idea del surgimiento del capital financiero (unión del capital bancario e industrial) en Brasil y en su fortalecimiento a través del golpe militar. Éstas mostraban exactamente el papel del Estado brasileño como creador del mercado interno como sustitución de las reformas estructurales que el golpe militar inviabilizó.<sup>37</sup>

Antes de entrar al debate sobre sus propias tesis, Marini hace otra parada para señalar un segundo equívoco de sus críticos: asociar la tesis del estancamiento con la “ideología socialista” de los años sesenta, que habría provocado una crisis en el pensamiento latinoamericano. La intención, de fondo, de esta “ligazón” —colige Ruy Mauro— habría sido escamotear el “verdadero carácter” de esa crisis: que no era otra que la del pensamiento desarrollista (sostenido en algunas de las tesis de la CEPAL) y del “reformismo político”, que poco o nada tenía que ver con la ideología socialista.

Luego de este primer intercambio de críticas, Marini pasa a la defensa de sus tesis principales.

Irreconciliables, las posiciones sobre el intercambio y la superexplotación son bastante claras: Cardoso y Serra refutan la idea del intercambio desigual, en los términos planteados por Marini, y, en consecuencia, se oponen también a que ese intercambio conduce, en el capitalismo periférico, a la superexplotación del trabajo como un mecanismo para compensar las pérdidas derivadas del intercambio desigual.

<sup>37</sup> Theotônio Dos Santos, *La teoría de la dependencia. Balance y perspectivas*, México, Plaza & Janés, 2002, pp. 114-115.

La discusión se torna algo especializada, al menos para los legos. Las fórmulas matemáticas empleadas por Cardoso y Serra son respondidas por Marini con conceptos y axiomas económicos. Se discute sobre la tasa de plusvalía y su relación con las fluctuaciones del capital variable y constante, específicamente su comportamiento en el intercambio comercial entre América Latina y Europa. Como se recordará, Cardoso y Serra sostienen que las exportaciones latinoamericanas no benefician la tasa de capital de los países centrales y tampoco operan en detrimento de las economías periféricas. Pero Marini insiste: asegura que la inserción de América Latina en la economía mundial explica que la producción latinoamericana

se realiza en función de la revolución industrial europea y *coadyuva* (no determina de manera exclusiva) la baja del capital variable, necesaria para la elevación de la productividad, sobre la base del *aumento del capital constante*, no presione hacia abajo la cuota de ganancia. Como indiqué en el texto, esto corresponde a la inserción dinámica de América Latina en la división mundial del trabajo, impuesta por la gran industria, que permitió a los países avanzados concentrarse en la producción manufacturera, desatendiendo a la producción agrícola, y que se llevará enseguida a la especialización de la periferia también en la producción de materias primas industriales.<sup>38</sup>

Pero no sólo es la interpretación errónea de sus textos, sino la deformación dolosa que emprenden sus críticos: “En la distorsión de mis planteamientos, las *Desventuras* no utilizan sólo el método de la inversión, sino también el de la adición.”<sup>39</sup> Enseguida documenta que Cardoso y Serra citan fragmentos que le atribuyen y que no se encuentran en sus textos, una queja que se repetirá a lo largo del artículo.

Para rematar su defensa sobre el intercambio desigual, Marini persevera en su tesis: “Lo único que sostengo es que, en condiciones de intercambio marcadas por una neta superioridad tecnológica de los países avanzados, las economías que, permitiendo el aumento de la masa de valor y plusvalía realizada, así como de su cuota, contrarrestara al

<sup>38</sup> Marini, “Las razones...”, p. 63.

<sup>39</sup> *Loc. cit.*

menos parcialmente las pérdidas de plusvalía a que tenían que sujetarse, ese mecanismo fue la superexplotación del trabajo.”<sup>40</sup> Lo cual explicaría, según nuestro autor, el auge de la economía de exportación en América Latina, aún en condiciones de intercambio desigual.

La crítica de Cardoso y Serra no se cristaliza, a decir de Marini, debido a que ninguno de ellos conoce bien el terreno sobre el que lidian esta batalla teórica: el marxismo.

El no contar con conocimientos elementales [se refiere, por ejemplo, al “descubrimiento triunfal” de sus críticos de que “el valor no es lo mismo que el precio”] lleva a los autores de las *Desventuras* a afirmaciones sorprendentes. Es así como, al discutir el efecto de las variaciones de precios en la cuota de ganancia de países con distinto grado de desarrollo, sostienen que, al aumentar los precios de los productos de los países de mayor desarrollo, dicha cuota no tendría por qué reducirse en el país de desarrollo inferior, pues “la importación de productos manufacturados continuaría realizándose por *el mismo precio* por unidad de producto industrializado. Lo que ocurre de hecho no es el encarecimiento absoluto de los productos industriales, sino la mantención [sic] de su precio de venta, pese a la reducción de su valor unitario”. Como vemos, mis “críticos” —continúa Marini— suponen que los movimientos *de precios no implican movimiento de valor*; de tal manera que, al mantenerse el precio de mercado *por encima del valor*, esto no implicaría una transferencia de valor por parte de aquel que lo adquiriera, dando en cambio una mercancía cuyo precio se mantuviera a la par con su valor. Llegamos, pues, a un punto en que no sólo los intercambios no son “bien iguales”, sino que son *¡absolutamente diferentes!*

Aunque larga, la cita se muestra sustanciosa en la medida en que 1) evidencia una constante en la defensa de Marini, una veta que explotará repetidamente: la apelación al marxismo para corregir a sus críticos; 2) las notables diferencias en la interpretación económica acerca de un —aparente— mismo proceso: el intercambio comercial entre América Latina y algunas naciones desarrolladas de Europa; y, quizá de menor monta, 3) el tono ríspido —expresado en descalificaciones— que acompaña la argumentación en ambos lados.

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 63.

Una vez descalificadas, por ignorarlas, las críticas a sus tesis del intercambio desigual y la superexplotación, Marini pasa a la ofensiva para cerrar este apartado: criticar el enfoque desde donde interpretan la situación de América Latina y, al mismo tiempo, responder a una de las críticas que no sólo Cardoso y Serra —en otros críticos aparece la misma observación—<sup>41</sup> le formulan acerca de la omisión en su análisis de una variable mayor: la lucha de clases. Parece, pero no es una crítica marxista. Según Marini, la objeción sobre la ausencia de la lucha de clases en su análisis proviene, más bien, del “sociologismo” de Cardoso, ya planteado ampliamente en *Desarrollo y dependencia en América Latina* —escrito con Enzo Faletto.

Marini se sabe y se siente —y así se percibe en el texto— en terreno conocido: el marxismo. Parece haber dado con un flanco vulnerable de sus críticos. En su *Memoria* lo recuerda con toda claridad: “pretendiendo situarse en el terreno del marxismo, el ataque no logra ir más allá del instrumental teórico ricardiano (autor que Serra seguramente estudiara en su curso de doctorado recién concluido), confundiendo por tanto valor de uso y valor, así como ganancia y plusvalía; a la vez que —preocupados en combatir tesis inerciales que yo, supuestamente, había defendido— incurre en una grotesca apología del capitalismo periférico.”<sup>42</sup> Así que Marini emprende la ofensiva:

cualquier marxista sabe, con Marx y Engels, que la historia de la humanidad es la historia de la lucha de clases y, con Lenin, que la lucha de clases es el único terreno en que un marxista se mueve con firmeza. Sin embargo, esto no quiere decir que la lucha de clases se explique *por sí misma* o, si se quiere, que sea el *deus ex machina* que permite explicarlo todo. Más

<sup>41</sup> Por ejemplo, en su crítica, Castañeda y Hett son particularmente insistentes en este punto: “La lucha de clases, meollo del marxismo, está singularmente ausente de los análisis de Marini. Su presencia intermitente se manifiesta sólo en comentarios sobre la magnitud de ejército de reserva que, aunque siendo un factor de lucha de clases, no es ni su factor constitutivo ni su factor determinante.” Jorge Castañeda y Enrique Hett, *El economismo dependientista*, 4ª ed., México, Siglo XXI, 1985, p. 56.

<sup>42</sup> Marini, *Memoria*...

bien, para un marxista, la tarea reside siempre, en el plano del análisis abstracto como en el del concreto, en conocer qué es lo que explica la lucha de clases y esto remite, necesariamente, al examen de las condiciones materiales en que ella se da. [...] La lucha de clases *no es* un proceso que *actúa* en un *marco estructural*: la lucha de clases es la *síntesis* de las condiciones en que los hombres hacen su existencia y se encuentra, por esto mismo, regida por leyes que determinan su desarrollo.<sup>43</sup>

A partir de esta aseveración Marini afirma que todo aquel análisis que se pretenda marxista —como el suyo— “está siempre informado por la lucha de clases y *remite* necesariamente a ella”; por tanto, sigue nuestro autor, las acusaciones en su contra son infundadas y, por el contrario, tratan de *echar tierra* sobre la filiación ideológico-política de quienes lo critican.

La argumentación es la siguiente: Marini sostiene que es en la lucha de clases en donde se expresan las relaciones sociales —por más ajenas que parezcan—; de allí que la crítica y las tesis de Cardoso y Serra no sean sino expresión de esa lucha de clases, que evidencian el lugar desde donde articulan esta crítica. Así, Marini reprocha a sus críticos:

un marxista no se contenta con decir [como ellos] que “los aumentos de productividad en la producción de M (máquinas textiles, por ejemplo) son rápidos y no se traducen en reducción proporcional significativa del precio unitario de M, mientras que los aumentos de productividad son más lentos y tienden a reflejarse en reducciones proporcionales de los precios.” [...] un marxista toma la relación entre *trabajo vivo* y *trabajo muerto* y la aplica a la producción de materias primas y alimentos, así como a la producción manufacturera, y constata que, en la primera, *prima el trabajo vivo*, la acción directa del hombre sobre la naturaleza, mientras que en la segunda se amplía la parte que cabe al trabajo muerto (materias primas e instrumentos de trabajo).<sup>44</sup>

En un solo movimiento, Marini parece haber reivindicado su rigor marxista y, al mismo tiempo, evidenciado el “compromiso de clase” de sus críticos.

<sup>43</sup> Marini, “Las razones...”, p. 68.

<sup>44</sup> *Ibid.*, pp. 69-70.

De lo teórico, Marini pasa a la refutación de las críticas —planteadas por Cardoso y Serra— a su análisis empírico sobre la economía brasileña. Continúa el debate sobre la superexplotación y el subimperialismo pero se concreta al caso brasileño. Al igual que otras partes de su defensa, Marini denuncia la “deshonestidad” y “falta de rigor” de sus críticos al “mutilar o alterar” sus textos. Tras citar una cantidad considerable de imprecisiones y alteraciones que Cardoso-Serra llevan a cabo cuando refieren fragmentos de *Dialéctica de la dependencia*, Ruy Mauro Marini encara la crítica de fondo que le formulan: su interpretación equívoca, basada en las tesis de la superexplotación y el subimperialismo, de la industrialización brasileña y su caracterización de la economía durante la dictadura.

Se trata de posiciones irreconciliables, colige nuestro autor, de un error de sus críticos en el planteamiento:

su preocupación es la demanda interna, la mía es la demanda global que exige producción capitalista brasileña. Adicionalmente, la suposición de que yo afirmo que los trabajadores no participan del mercado interno es una caricatura... [...] Lo que sostengo es, simplemente, que la superexplotación, al restringir el consumo popular, no lo convierte en el factor dinámico de realización y lleva a que las ramas orientadas al consumo popular “tiendan al estancamiento e incluso a la regresión” o se expandan con base en el mercado mundial.

En otras palabras, las del propio autor,

*el capitalismo dependiente, basado en la superexplotación del trabajo, divorcia el aparato productivo de las necesidades de consumo de las masas, agravando así una tendencia general del modo de producción capitalista; ello se expresa, a nivel de la diversificación del aparato productivo, en el crecimiento monstruoso de la producción suntuaria, respecto al sector de producción de los bienes necesarios, y, por ende, en la distorsión equivalente que registra el sector de producción de bienes de capital.*<sup>45</sup>

<sup>45</sup> *Ibid.*, pp. 73 y 74.

A las pruebas... Se abre, así, un nuevo capítulo de esta querrela: la confrontación de guarismos, el manejo de la evidencia empírica sobre las mismas ramas y sectores económicos, pero con muy diferentes resultados. Empieza el duelo de cifras, tendencias, interpretaciones y descalificaciones. Un botón de muestra:

Lo primero que llama la atención, en el razonamiento de las *Desventuras*, no es ya tanto su falta de rigor, como su torpeza o mala fe. Así, analizando los gastos generales del gobierno como porcentaje del PIB, por principales rubros, sostienen que el incremento de 1.4% del total, observado entre 1959 y 1973, podría “probablemente haberse dado antes de 1964”, para, enseguida, decir que ese incremento “se explicó primordialmente por la elevación de los gastos de transferencias... cuyo destino principal fue el financiamiento de la construcción de viviendas”; de este modo, un incremento que “puede” haberse dado *antes de 1964* es achacado a un instrumento *creado en 1967* [...].<sup>46</sup>

En adelante, ésta será la constante en la defensa de sus principales tesis.

Otro ejemplo. Se trata de una variable central para ambas posiciones: el empleo. Vale recordar que para Cardoso y Serra, contrario a lo que sostiene Marini, fue el consumo privado lo que sostuvo el gasto interno bruto,<sup>47</sup> ello implicó, en principio, una fuerte base de consumidores —clases medias— que sostuvieran esa demanda; lo cual supuso, también, mantener —o incluso hacer crecer— el nivel de empleo y elevar su remuneración, lo que habría permitido mantener la capacidad de consumo de esas clases medias. En sentido contrario, Marini asegura que la creación de esas clases medias es artificial y que el desempleo y el deterioro del salario se agravaron incluso durante los años del “milagro económico”. Eso es lo que se discute con ideas y cifras, con adjetivos y estimaciones. Esta vez, Ruy Mauro empieza por reconocer la dificultad de estimar con precisión la tasa de desempleo. Sin embargo, a partir de

<sup>46</sup> *Loc. cit.*

<sup>47</sup> Serra y Cardoso, *op. cit.*, p. 41.

distintas fuentes sostiene que, en términos relativos y absolutos, el desempleo en Brasil es superior a lo que reconocen las estadísticas oficiales sobre desempleo abierto.<sup>48</sup> Además de la falta de empleo, Marini refiere el deterioro de las condiciones de éste, señaladamente en la disminución de los salarios, una política apoyada por la dictadura militar. De su análisis, concluye que “en el marco de la carrera inflacionaria iniciada en 1959, los salarios salieron perdedores, pese a la fuerte resistencia obrera; a partir de 1965, la contención salarial es impuesta por el Estado, expresando, a nivel de la política económica, la tendencia profunda de la economía.”<sup>49</sup> Esta tendencia se evidencia de diferentes formas: a) el aumento de la brecha entre el salario de los trabajadores y el valor de la fuerza de trabajo (“datos del DIEISE [Departamento Intersindical de Estadística y Estudios Socioeconómicos], revelan que, sólo para la adquisición de la dieta mínima que estableció la legislación, y tomando como base el salario mínimo de São Paulo (el más alto del país), el obrero rinde hoy al capital casi el doble del trabajo de 1959: en diciembre de ese año, el costo de esa dieta representaba 78:17 horas de trabajo semanal; en diciembre de 1965, 87:20 horas; en diciembre de 1970, 103:19 horas y, en marzo de 1978, 147:14 horas”);<sup>50</sup> b) la desigualdad salarial entre hombres, mujeres y niños (Marini refiere que las mujeres reciben 57% menos en salario que los hombres, por el mismo trabajo, en todas las ramas de la industria paulista); c) la prolongación e intensificación de la jornada de trabajo (por ejemplo en el sector metalúrgico, en el que los obreros trabajan más de 12 horas diarias, lo que significa un aumento hasta de 40% más de trabajo y no de 4.4% como estimaban Cardoso y Serra).

Para concluir su defensa, Marini emprende una última ofensiva, ya no teórica sino política, es decir, desde el campo de batalla de donde provino, también, la crítica de Fernando Henrique Cardoso y José Serra.

<sup>48</sup> Marini se basa tanto en las fuentes consultadas por sus críticos, como en censos industriales y anuarios estadísticos publicados por el Instituto Brasileño de Geografía y Estadística. Véase Marini, “Las razones...”, pp. 85-86.

<sup>49</sup> *Ibid.*, p. 90.

<sup>50</sup> *Ibid.*, pp. 90-91.

Ya lo había señalado, pero esta vez la observación cobra estatuto de recriminación: Cardoso y Serra son los “nuevos ideólogos de una burguesía insaciable y rapaz”. Lo escribe —lo increpa— con todas sus letras. Y va más lejos aún: las críticas que le plantean tienen un sustento político más que teórico, y se insertan en el proceso de lucha ideológica que se vive en Brasil y, en general, en toda América Latina. De allí que algunas de las objeciones teóricas que le formulan no sean sino una estrategia política de descalificación.

Por donde se vea, Fernando Henrique Cardoso y José Serra —“ideólogos” o no de la burguesía— interpelan teóricamente las tesis de Ruy Mauro Marini. El debate no sólo es político, también es intelectual.

#### LOS SALDOS

No empezó ni terminó en las páginas de la *Revista Mexicana de Sociología*: ese debate no es más que una extensión o un capítulo más de larga discusión que ambos teóricos sostenían desde hacía algunos años y que se prolongó durante la década de los años ochenta, aunque ya no de forma directa, y que escaló hacia otros temas.

Aunque Cardoso y Marini piensan en los mismos temas, los piensan de forma muy distinta. De principio a fin, es evidente la imposibilidad de síntesis: mientras que Cardoso concibe el desarrollo económico como la acumulación de capital, la expansión del sector productivo y financiero, la internacionalización del mercado, incluso bajo condiciones de dependencia (el conocido modelo de “desarrollo dependiente y asociado” que plantea en varias de sus obras más conocidas);<sup>51</sup> para Marini ese desarro-

<sup>51</sup> En una obra de los años setenta, Cardoso apunta: “Basicamente, ao falar em ‘desenvolvimento’ quero ressaltar que existe acumulação e portanto expansão econômica capitalista real. Portanto, não penso que tenha razão o catastrofismo ingênuo que vê de modo linear e não contraditório o crescimento da miséria. [...] Entretanto, a forma *dependente* da acumulação quer dizer precisamente que o setor da produção de bens de produção e o setor financeiro do sistema se abrem para o exterior e dele

llo con dependencia no es sino subdesarrollo. Se trata de una diferencia mayor que define el resto del planteamiento: si el desarrollo es lo que señala Cardoso y no guarda relación con la distribución del ingreso, con el desempleo, la marginación, la desigualdad, con las condiciones y calidad de vida..., entonces es viable en América Latina y todo eso que falta en el desarrollo no es cuestión sino de “política” —esto es, en términos de Cardoso, que esa lucha entre diferentes intereses y grupos sociales, la correlación de fuerzas, cambiara favorablemente hacia los movimientos populares— y de promover, institucional y gradualmente, reformas.

De no ser así, como lo supone Ruy Mauro Marini, si el “desarrollo dependiente y asociado” no es sino crecimiento económico que afirma la dependencia (a través, por ejemplo, de la intensificación de la explotación del trabajo), entonces había que trastocar, de alguna forma, esas estructuras, y una de esas formas, acaso la única para algunos, era la revolución.

Diferencia teórica de la que se derivan serias consecuencias políticas, de allí la animosidad con la que se discute, se refuta, se critica, se acusa... Se trataba, en todo caso, de incidir en la suerte que podría correr la región y sus millones de habitantes, de las posibilidades de remover las relaciones de dependencia, de subvertir los supuestos de una idea de desarrollo que poco o nada beneficiaba a la periferia, de pensar y transformar la realidad..., quizá por ello, para Cardoso y Marini todos los detalles importan, todo está a discusión: las tesis, las interpretaciones históricas, los enfoques, las estadísticas, las fuentes...; incluso aque-

---

requerem os elementos para su expansão continuada. Ou seja, não se pode pensar o ciclo da acumulação como um sistema fechado no mercado nacional, nem o tipo de ‘abertura’ por ele requerido é análogo ao que também requerem as economias centrais. Estas ‘dependem’ mas de matérias-primas e trabalho no exterior e não de R & B [research and development] e de capitais. Por fim, o qualitativo *associado* (sem nunca esquecer o qualificativo anterior, de dependente) indica que na acomodação prevalente na forma de organização e de controle econômico, existe espaço para que os capitais locais e estatais também se expandam na proeza do desenvolvimento.” Fernando Henrique Cardoso, *Autoritarismo e democratização*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1975, p. 16.

llo que no se puede leer pero que está en los textos: los compromisos políticos, las filiaciones ideológicas, la formación profesional...

Como sea y más allá de los adjetivos, este debate permite arriesgar una hipótesis: en las tesis de Cardoso se encuentra una simiente neoliberal: lo que Fernando Henrique Cardoso define como desarrollo dependiente y asociado no es sino una descripción —acaso un eufemismo— del modelo que, a sangre y fuego, se impuso en América Latina durante los años ochenta. Para decirlo pronto: Cardoso y sus seguidores comparten el muy cuestionable honor de haber introducido, desde adentro, parte del programa neoliberal; incluso, de legitimar el ascenso al poder de “una nueva camada social” —como refiere en *Autoritarismo e democratização*—: los tecnócratas. Pero además, a partir de este modelo económico, Cardoso prescribió un cierto modelo político: la democratización de los regímenes autoritarios, el paradigma de la transición democrática en el que se privilegiaron los intereses del capital y, en la misma medida, se emprendió una ofensiva contra el Estado. En este sentido sostengo que la obra de Cardoso funcionó —*desde adentro*, por decirlo de algún modo— como *cabeza de playa* de las tesis neoliberales; a argumentar esta conjetura dedicaré las últimas líneas de este artículo.

#### DEPENDENCIA Y DEMOCRACIA

Apenas unos meses después de que se publicara el debate entre Fernando Henrique Cardoso y Ruy Mauro Marini acerca del desarrollo y la dependencia, en 1978 el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) organizó, en Costa Rica, una conferencia sobre “Las condiciones sociales de la democracia”, la cual podría considerarse una de las sesiones que iniciaron el debate sobre la democracia.<sup>52</sup> Desde lue-

<sup>52</sup> Tanto Norbert Lechner como Tomás Vasconi y el mismo Ruy Mauro Marini, por ejemplo, coinciden en señalar este encuentro como pionero en la discusión.

go, el abordaje anterior de ciertos temas —por ejemplo, los trabajos de O’Donnell sobre el Estado burocrático autoritario, publicados desde finales de 1976—<sup>53</sup> permitió que se abriera paso a la discusión sobre la transición de los regímenes autoritarios y las posibilidades de la democracia en América Latina.

Fértil, quizá demasiado, esta discusión sobre la mudanza entre autoritarismo y democracia incluso llegó a derivar en lo que Schmitter llamó “transitología” (la ciencia o arte de la democratización).<sup>54</sup> Moda o no, muy pronto se extendió el empleo de “perspectivas comparadas”, el establecimiento de modelos político-democráticos de “exportación”, transferibles de unas latitudes a otras y el énfasis en las “reglas de juego”, las instituciones y diseños institucionales que deberían asumir los regímenes (la serie de cuatro volúmenes titulada *Transiciones desde un gobierno autoritario*, compilada por O’Donnell, Schmitter y Whitehead es parte central del canon sobre la democracia). En un conocido y discutible libro de historia de América Latina editado por Leslie Bethell, de la Universidad de Cambridge, Jonathan Hartlyn y Arturo Valenzuela —profesores de Chapel Hill y Georgetown, respectivamente— sostienen que “A constitutional democracy may be viewed as consolidated when contestation and respect for the constitutional order are widely accepted by both elites and mass publics and citizenship and effective electoral participation have been extended to all adults with minimum qualifications.”<sup>55</sup>

Aunque no fue ésta la única mirada sobre la democracia latinoamericana, se convirtió en la mirada hegemónica. Para Emir Sader no hay duda:

<sup>53</sup> Véase Guillermo O’Donnell, “Reflexiones sobre las tendencias de cambio en el Estado burocrático-autoritario” (documento de trabajo), Buenos Aires, 1976.

<sup>54</sup> Véase Philippe C. Schmitter y T. Lynn Karl, “The conceptual travels of transitologists and Consolidologists: How far to the East should they attempt to go”, *Slavic Review*, vol. 53, núm. 1, 1994, pp. 173-185; Schmitter, “Transitology: the Science or the art of democratization”, en Tulchin y Romero [comps.], *The consolidation of democracy in Latin America*, Colorado, Lynne Rienner Publishers, 1995.

<sup>55</sup> Jonathan Hartlyn y Arturo Valenzuela, “Democracy in Latin America since 1930”, en Leslie Bethell [ed.], *Latin America politics and society since 1930*, EU, Cambridge University Press, 1998, p. 5.

Pese a la popularización de las tesis de Guillermo O'Donnell sobre el “Estado tecnoburocrático” que representarían las dictaduras, fue la versión de Fernando Henrique Cardoso la que ganó el lugar protagónico en la lucha ideológica por la hegemonía teórica de la oposición a los regímenes militares. Ella fue la que predominó en los círculos intelectuales de Brasil, Chile y Argentina. Aunque centrada en Brasil, la teoría del autoritarismo de Cardoso, fue la base de las versiones generales sobre el fenómeno y sus expresiones nacionales.<sup>56</sup>

¿Cuál fue esta “versión” de Cardoso a la que alude Sader? Para abreviar, los trazos principales de este modelo fueron planteados por F. H. Cardoso en un texto que me parece central y que motivó un interesante debate: “Las clases sociales y la crisis política en América Latina”, presentado en el llamado Seminario de Oaxaca (México, 1977). Una de las tesis más importantes de este texto es el de la “revolución burguesa”, que a finales de los años setenta, Cardoso encontraba viable en virtud de la coyuntura histórica, que se caracterizaba por la “internacionalización del mercado interno” —etapa del desarrollo dependiente— definida, a su vez, por “dos procesos marcantes”: 1) la asociación subordinada de las burguesías locales a los intereses del capital internacional (de allí la nutrida presencia de empresas multinacionales) y 2) el arribo de algunos grupos de las clases medias (señaladamente militares y “profesionales de orientación tecnocrática”) a ciertos sectores del Estado y del sector público de la economía, lo que conduce a una “apertura social controlada desde arriba”, basada en la cooptación de “grupos importantes de las clases medias” y en la manipulación de “símbolos de integración nacional” como estrategia para la movilización de las masas urbanas. Ambos “procesos marcantes”, a su vez, habrían generado una “crisis de hegemonía”, cuyo desenlace fue distinto en cada nación latinoamericana —lo mismo desembocó en “modelos no ortodoxamente capitalistas de desarrollo (Perú), cuando no francamente hacia procesos socialistas (como en Chile)”—, pero en todos los casos evidenció

<sup>56</sup> Emir Sader, “Estado y hegemonía: la crisis latinoamericana”, en Marini y Millán, *op. cit.*, p. 122.

la naturaleza en la correlación de fuerzas y los arreglos de esa alianza de intereses —en la que no obstante prevalecen contradicciones— que está detrás de todo Estado: intereses monopolistas, intereses de la burguesía local e intereses de los funcionarios y técnicos.<sup>57</sup>

El resultado de esta ecuación entre la internacionalización del mercado interno y la crisis del bloque hegemónico es lo que Cardoso define como revolución burguesa: “Designo como ‘revolución burguesa de los países dependientes’ a este proceso [de apertura controlada] y al dislocamiento en el bloque de poder de los intereses de los antiguos grupos nacionalistas burgueses populistas, que fueron sustituidos por la burguesía internacionalizada y por el tecnocratismo civil y militar.”<sup>58</sup> Se trata, a decir de Cardoso, de la única revolución posible en las sociedades dependientes:

La otra, la revolución burguesa, democrático liberal, que además de incidir sobre el orden social postulaba una transformación en el régimen político, creando la democracia liberal, pertenece no al pasado sino a las formaciones sociales que no se constituyeron de forma análoga en los países de economía dependiente. La expectativa de que la industrialización y la urbanización abrirían paso a la etapa democrático burguesa está basada en una analogía anacrónica e indebida. La “revolución” que las burguesías asociadas pueden propiciar en las condiciones peculiares de las sociedades dependientes es la que está en curso en México o en Brasil y que, en Argentina por ejemplo, quedó parada a medio camino porque se hizo *antes* y bajo la presión de grupos urbano-populares organizados.<sup>59</sup>

En suma, el mejor de los mundos para América Latina —el más conveniente y viable, según Cardoso— resultaba el peor para la mayoría de las sociedades latinoamericanas: subordinación económica, intensificación de la dependencia, empobrecimiento y exclusión social, a

<sup>57</sup> Fernando Henrique Cardoso, “Las clases sociales y la crisis política de América Latina”, en Raúl Benítez Zenteno [coord.], *Clases sociales y crisis política en América Latina, Seminario de Oaxaca*, 5ª ed., México, UNAM/Siglo XXI, 1988, pp. 231-232.

<sup>58</sup> *Ibid.*, p. 234.

<sup>59</sup> *Loc. cit.*

cambio de un proceso de apertura socio-política a cuentagotas y hasta donde lo permita el juego político entre el capital internacional y el bloque hegemónico local.

¿Qué permitió que esta “versión” del desarrollo y la democracia se abriera paso? Según lo veo, las ideas de desarrollo dependiente y democracia que emergieron hacia finales de los años setenta y se consolidaron en los ochenta en América Latina fueron resultado de varios fracasos históricos, lo que determinó, en buena medida, sus limitaciones. Por lo menos identifico tres:

1. *El fin de la idea de revolución.* Si una década antes la “flama” revolucionaria incendiaba al continente, en los años setenta ya era una “soflama” a punto de extinguirse. Las razones fueron varias: a) El avance de las dictaduras en Latinoamérica durante los años sesenta y los primeros de los setenta, que no expresaba sino la derrota militar de los movimientos revolucionarios; b) El embate teórico contra la revolución, la derecha neoliberal desbrozó el camino para críticas de muy diferente intensidad y desde muy diversos frentes hacia la idea de revolución; c) El reformismo como opción única, el decreto funerario sobre la revolución tuvo como correlato el ascenso del reformismo en tanto táctica y estrategia política para la región (por ejemplo, a finales de los ochenta Jürgen Habermas escribía que “En nuestro tiempo la única revolución posible es la reforma”);<sup>60</sup> d) La crisis del marxismo, que estalló en Europa pero que también se dejó sentir en América Latina;

2. *El fin de las dictaduras.* Por la vía de la transición democrática y no a través de la revolución —como parecía anticiparlo la década de los años sesenta—, las dictaduras latinoamericanas fueron capitulando una a una. Fueron los votos y no las armas los que pusieron fin a los regímenes autoritarios. No fue la izquierda quien derribó los regímenes autoritarios de la región, fue la propia derecha quien empujó su salida, cuya puerta había sido abierta —según lo veo— por los cambios es-

<sup>60</sup> Jürgen Habermas, “La soberanía como procedimiento”, *Cuadernos Políticos*, núm. 57, mayo-julio, 1989.

tructurales que registró el sistema capitalista mundial en la década de los setenta y por las propias limitaciones de estos regímenes, que se expresaron en el fin de su “legitimidad” cuando extinguieron la “amenaza comunista”, su inviabilidad económica (Chile fue la excepción), su inconsistencia y falta de proyecto nacional —la doctrina de seguridad nacional no alcanzó para reemplazar un proyecto de nación ni legitimar el régimen autoritario.

3. *El agotamiento del modelo de desarrollo nacional/populista*, un modelo basado en un discurso político que privilegiaba referentes fundamentales como el de nación, soberanía, autosuficiencia, etc.; en prácticas políticas clientelares y corporativas (apelación al pueblo) y en la personalización de la política;<sup>61</sup> y cuyo correlato económico quedó delineado —con algunas diferencias según el país— en el modelo de sustitución de importaciones.

Uno a uno estos elementos se convirtieron en una especie de “cerco” para los regímenes políticos emergentes en la región: la democracia. De allí —deduzco— la naturaleza circunscrita y limitada de las democracias latinoamericanas. Afuera de la discusión colectiva sobre los órdenes democráticos quedaron temas tan fundamentales como la forma de acumulación de la riqueza, la explotación del trabajo, la distribución de la renta nacional, la inmunidad (por decir impunidad) de las fuerzas armadas y la protección de los intereses empresariales. El resultado fue la construcción de sociedades capitalistas y democráticas con fuertes contradicciones sociales y políticas, derivadas de esos temas excluidos.

Así, a mi juicio, la democracia que nació de la “muerte de la revolución”, del fin de las dictaduras y del agotamiento del nacional-populismo limitó considerablemente eso que Roger Bartra llamó “el campo de las decisiones políticas”,<sup>62</sup> es decir, aquello que se puede o no discu-

<sup>61</sup> Ernesto Laclau emprende una interesante revisión crítica sobre el populismo en *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, 2ª ed., México, Siglo XXI, 1980, pp. 165-233.

<sup>62</sup> Roger Bartra, “Comentario: clases sociales y crisis política en México”, en Zenteno, *op. cit.*

tir, que se puede o no cambiar, aquello que forma o no parte de esas “reglas de juego” a partir de las cuales se construyeron los regímenes postautoritarios.

## CONCLUSIONES

A la escuela de la dependencia la enterraron viva. No fue una muerte natural sino un decreto. No hubo tiempo para exequias ni plegarias: cuando a finales de los años setenta se veía venir una crisis de proporciones mayores en América Latina, que ni siquiera la “sangre” y el “fuego” de las dictaduras militares podían detener —ni lo hicieron—, poco importó el “parte médico” sobre la “muerte” de las tesis dependentistas. Bastó con el “acta de defunción” firmada por algunos intelectuales para que se decretara el fin no sólo de una serie de tesis y teorías sobre el desarrollo y la democracia sino de una larga y fecunda tradición latinoamericana de pensamiento.

No fue en el terreno de las ideas donde “sucumbieron” las tesis dependentistas: aunque no exentas de contradicciones y flaquezas, más bien perdieron la batalla política, la lucha por imponer un proyecto de desarrollo económico y político para América Latina. El fracaso de los movimientos revolucionarios, el avance de las dictaduras y de la derecha, la crisis teórica del marxismo europeo, los signos de agotamiento de los regímenes socialistas, etc., marcaron en buena medida la suerte del “dependentismo”.

Después, lo de más fue lo de menos: pocos se tomaron la molestia de refutar la vitalidad de las críticas dependentistas hacia las expresiones capitalistas en la periferia, las formas de acumulación capitalista, los tipos recurrentes de plusvalía, la explotación del trabajo, la asimetría económica que definía las relaciones entre la periferia y los países desarrollados, las fallas estructurales de las economías subdesarrolladas, etc. No fue necesario. La impronta de un nuevo proyecto político e ideológico sepultó —al menos lo intentó— la tradición dependentista.

Apertura económica y liberalización política. Libre mercado y democracia. La discusión teórica cambió: no sólo los temas y los términos del debate eran otros (ya no se discutía el modo de producción sino el “modo” de sacarle provecho, o de aminorar los costos), también las condiciones políticas eran distintas, la correlación de fuerzas entre los sectores conservadores y la izquierda había cambiado, la “revolución conservadora”, la “contrarreforma neoliberal”, en pleno ascenso, plantearon nuevas coordenadas políticas y teóricas, definieron un nuevo “campo de las decisiones políticas” y aun de las discusiones teóricas.

Fin de las tesis de la dependencia pero no de la dependencia como situación histórica de subordinación por parte de las economías latinoamericanas hacia los centros capitalistas de desarrollo. Tan simple como eso: si algunas tesis dependentistas se mantienen con vida no es por “respiración artificial” o por obra y gracia de algún santo o santón, sino porque aún permiten explicar —al menos parcialmente— el estado actual de algunas naciones latinoamericanas. Lo que vemos en la actualidad no es la resurrección de las formulaciones dependentistas, porque nunca se extinguieron por completo, sino la recuperación de una de las tradiciones teóricas más fecundas de nuestra historia, que hace dos décadas ofrecían respuestas frente a ciertos problemas del subdesarrollo latinoamericano y que hoy no dejan de plantear preguntas al modelo económico que se ha convertido en una verdadera fábrica de marginación y pobreza.

A querer o no, algunas tesis dependentistas siguen ofreciendo pistas para pensar las posibilidades de un proceso de desarrollo latinoamericano con mayores márgenes de decisión y autonomía nacionales. Sin rodeos, las tesis dependentistas que, según lo veo, mantienen cierta vitalidad y potencial teórico y que eventualmente podrían admitir una renovación, son:

1. *La concepción holística del capitalismo*, aunque no tiene su origen en ellos, este modo de concebir y analizar el modo de producción capitalista como un sistema que asignaba roles y lugares a las diferentes economías nacionales integrándolas así a un sistema global fue, sin duda, una de las piezas centrales entre los principales autores y tesis

dependentistas. Esta perspectiva ofrece, incluso hoy, elementos para interpretar ese alcance global del capitalismo a través de nociones como la de interdependencia política y económica entre países, la división internacional del trabajo, la proliferación de mercados laborales nacionales integrados a procesos productivos internacionales, los efectos y consecuencias de procesos productivos globales, etcétera.

2. *Las condiciones estructurales del subdesarrollo económico latinoamericano*, aquellas circunstancias que, desde la integración histórica de América Latina al sistema económico internacional, hacían del capitalismo un mal negocio para la periferia, y que permitió explicar, en su momento, los pobres resultados del proceso de industrialización latinoamericana a partir de los años cincuenta. Si bien en las últimas décadas esos determinantes estructurales han cambiado, no han desaparecido: por ejemplo, el enorme peso de la deuda pública que dejó la crisis de los años ochenta para los países latinoamericanos sigue siendo una condición determinante en el desarrollo económico para la región; de igual forma, el precario avance de tecnologías aplicadas a la producción por parte de los países periféricos, en un contexto en que la productividad se define —en buena medida— por la velocidad en la innovación tecnológica (predominantemente informática, microelectrónica, telecomunicaciones, biotecnología) que aumenta y mejora la producción, explica algunas aristas de la dependencia económica regional.

3. *El concepto de superexplotación de trabajo*, aunque polémico, este concepto sigue siendo pertinente en la medida que da cuenta de uno de los rasgos fundamentales del capitalismo periférico actual: la desvalorización de la fuerza del trabajo, a través de diferentes mecanismos —Marini identificó al menos tres—, que se comprueba, entre otras cosas, por la función que siguen desempeñando la mayoría de las economías latinoamericanas como mercados laborales flexibles para la producción mundial y como un factor que aumenta la productividad, lo que ha implicado la precarización de las condiciones de trabajo, el desmantelamiento de los aparatos de seguridad social y una ofensiva contra el movimiento obrero organizado.

4. *La relación entre economía y política* a la que aludían algunos teóricos dependentistas y que arrojaba luz sobre las alianzas y vínculos que se construían —la comunidad de intereses, el intercambio de apoyos— entre grupos empresariales y algunos sectores de las clases medias para promover un cierto proyecto nacional. A partir de este marco conceptual, temas centrales se pueden pensar en un sentido mucho más amplio, por ejemplo, la democracia como un régimen político que no debe agotarse en la definición de las reglas del juego político-electoral, sino que permita ampliar el “campo de las decisiones políticas”.

5. *La crítica a las ciencias sociales a partir de las cuales se trataba de pensar la realidad latinoamericana*, en el terreno de las ciencias sociales, las tesis dependentistas: a) contrarrestaron, y lo siguen haciendo hoy en menor medida, el enorme peso de los países centrales en el campo de la investigación del desarrollo, por lo demás, trascendieron el encuadre economicista que aún hoy prevalece en la discusión sobre el desarrollo de la región; b) han llevado el concepto de dependencia más allá de lo económico-político, con lo que se posibilitó el debate acerca de la “subordinación teórica” de América Latina respecto a los circuitos académicos e intelectuales del Primer Mundo, que además abonó en favor de la “liberación” del quehacer teórico latinoamericano; c) algunas reflexiones dependentistas siguen ofreciendo elementos para la discusión acerca del “lugar” que ocupa el científico social dentro de la sociedad, de la relación entre la producción del saber y la experiencia histórica.

6. *La idea de revolución como ritmo del cambio histórico*, no era de ellos pero reivindicaron la idea como pocos. La tesis es conocida y la apuesta seductora: se trata de acelerar la dinámica histórica, de abolir el statu quo para pasar a uno nuevo, esa “cuna” del “hombre nuevo” expresión, a su vez, de otro modo de producción, de otra forma de acumulación de riqueza y de su distribución. Un proyecto de transición histórica acelerada, la “mecha” de la revolución se encendió pero su “fuego”, luego de más de dos décadas de luchas, se “extinguió”.

Más allá de sus aportes y limitaciones, lo que siguen planteando hoy las tesis dependentistas es la pertinencia —aún más, la obligación,

la urgencia— de colocar a América Latina como objeto de la reflexión teórica y de la actividad política, como el eje que articule tesis y prácticas de muy diversos grupos. Precisamente es ése, acaso, el mayor aporte del debate entre Fernando Henrique Cardoso y Ruy Mauro Marini: ocupar y ocuparse de ese espacio geopolítico y económico, simbólico e imaginario que es América Latina. Asumirla como responsabilidad y reto intelectual y político.